

## AMERICA A PIE Y A CABALLO

Artículo Tomado de "Cromos" No. 2384 del 22 de Abril de 1963

Toda la América del Sur se hizo a caballo. Primero, los conquistadores; luego, los liberadores. Los dos momentos fundacionales de América son ecuestres: a caballo están las estatuas de Valdivia y Pizarro; a caballo, las estatuas de Bolívar, San Martín, Sucre o Artigas. Cuando los españoles, con gran asombro y sumisión de los indígenas, importaron en América el primer caballo, en cierto modo importaban su "constitución política".

Claro que, por eso mismo. América es el pueblo más enfurecidamente empeñado en valorizar los hombres de a pie. Toda la historia política de Suramérica, desde hace siglo y medio, es un denodado esfuerzo por echar pie a tierra. A los pies de los altivos monumentos ecuestres brotan en las ciudades americanas una floración de estatuas civiles, de levitas de bronce y de marmóreos pantalones: los próceres; los Moreno, Miranda, Bello, Hostos, Sarmiento. Tantos y tantos. Un desesperado esfuerzo de constitucionalismo, de civilidad. Por las inacabables praderas y pampas se ve muchas veces el espectáculo de los gauchos rodeando al enjambre caballar, descompuesto y cimarrón, para meterlo en sus empalizadas. A mí me parece la estampa viva de la América exuberante y política. Un duelo de cimarrones y ganaderos: de dictadores y políticos.

Esto que se advierte, en cualquier momento, crudamente, en América—cuyo mapa está constantemente repartido entre situaciones militares y constituciones purísimas—, no debe afligir a esta ni producirle complejos de temblorosa inferioridad. Los civilis-

tas hacen esfuerzos desesperados de legalidad —Bello, Rivadavia, Bethancourt, Idígoras, Prado— y los militares corrigen los grandes peligros del ensueño civil. Realmente, en América lo heroico es ser civil, no militar. Pero esto, ya digo, no es incapacidad ni inferioridad; es, hoy por hoy, una consecuencia exacta y matemática de una serie de realidades físicas: extensiones, demografías, breve historia. La prueba es que la modélica y rectora República del Norte no se ha constituido de otro modo. Quizá no hay más diferencia sino que en el Norte el orden fue a la inversa. Los "Padres peregrinos" desembarcaron allí cargados de ideas puritanas y huyendo de una tiranía. Asamblea y constitución eran las primeras palabras de su léxico, transido de optimismo y futuro. Así fue su primero y glorioso momento fundacional. Pero en seguida tuvieron que montarse a caballo. Para ganar por el oeste la batalla de la frontera y para ganar hacia el sur la guerra de Secesión. América del Norte, que se fundó con asambleas puritanas, tuvo también que consolidarse a caballo. Todavía los dos tercios de las películas que exporta a Europa, y que son como su romancero, son protagonizadas por jinetes y galopes. Tardó un siglo América en bajarse del todo del caballo.

Hoy es fácil caer en un espejismo desesperanzado y pesimista sobre el civismo americano, viendo las dos más grandes masas de su mapa político, Argentina y Brasil, controladas por militares. Pero no conviene dejarse llevar por meras espectacularidades. Las espuelas suenan siempre más que los

zapatos de charol; pero lo que importa no es el sonido, sino la perspicaz certificación de lo que hacen y a lo que van.

Los dos estamentos tradicionales de la dicotomía política americana —militares y civiles, hombres a caballo y hombres a pie— flexionan sus líneas superpuestas y paralelas, que tienden a encontrarse. Es cierto que han sonado muchos nombres de generales en las recientes efemérides públicas hispanoamericanas, pero no es menos cierto que lo que ocurre ahora generalmente es que cada vez que un general aparece en la escena, lo primero que hace es anunciar elecciones. Desde el día siguiente de romper la legalidad no hacen otra cosa sino reclamar y anunciar legalidad. Estará miope quien no vea que en este duelo de las legiones de Roma y las ideologías de Atenas otra vez el triunfo vuelve a ser de los griegos. Hay una tenaz y silenciosa victoria de las esencias humanísticas y liberales que avanza arrolladoramente. Daniel Garric telegrafaba hace poco desde Buenos Aires unas palabras reveladoras del general Benjamín Rattenbach: "Jamás trabajaremos por un sector determinado de ciudadanos". Este espíritu y propósito es todo lo contrario del "pronunciamiento", nombre internacional que tan expeditivamente se aplica a cualquier presencia resolutive del Ejército. El "pronunciamiento" se hacía invariablemente al servicio de un sector, de un partido. Ni Espartero, ni Topete, ni Narváez, ni Prim, padres del sistema, pretendieron nunca cubrirse con objetivos totales o nacionales. No ocultaban que eran gerentes conservadores, o liberales, o progresistas, o republicanos. Ahora hay en los movimientos militares una originaria preocupación de totalidad, que a menudo se resuelve en mucha mayor inquietud electoral y civil que la de los propios civiles.

Probablemente, el origen de aquella postura parcial de la milicia tiene honradas raíces, que no es ocasión de discriminar a fondo. En España, cuando se constituyó la burguesía, nervio y protagonista de la modernidad —por causas varias, de la que no es la menor el absorbente monopolio defensivo de los cerrados gremios—, expelió de sí una serie de excedentes sociales: el paseante, el pretendiente en Cortes, el segundón fraile o clérigo, el soldado y el pícaro.

Todo este dispositivo sociológico está periclitado. La milicia ha empezado a ser, al lado de la ingeniería o la medicina, vocación y profesión de la burguesía. En nuestros cuadros militares coloniales se ha podido ver todo lo que puede albergar la mentalidad actual castrense, de impulsos burgueses organizativos, burocráticos y civiles. Decía un escritor que viajó hace poco por América que lo primero de que hablan los que antes llamábamos "espadones" es de finanzas o de industria. Es una evolución natural. A Narváez se le llamó "el espadón de Loja". A don Miguel Primo de Rivera hubiera habido que llamarle ya "el arbitrista de Jerez"... Al cabo, ya hacía un siglo que el modelo de todos, Bonaparte, durante su estada en Moscú, rodeado de peligros, se ocupaba de redactar el reglamento de la Comedia Francesa.

No hay que dejarse impresionar —en visión histórica y profunda— de cierta espectacular supremacía ocasional americana de la línea militar sobre la línea civil. Las rayas se flexionan y se acercan. Y son las bazas civiles —democracia, respeto a la persona, sufragio— las que, de un modo o de otro, sobrenadan, aunque se busquen un rodeo y lleguen a la plaza pública pasando por el campamento. No hay verdad más sólida que aquella que derrota a un vencedor.